

**E** S posible que el fanatismo tenga los años —o los decenios— contados. El escepticismo, la sorpresa, la ironía con que desde sociedades maduras consideramos los brotes de fanatismo que surgen en sociedades en formación, el asombro y el desdén con que consideramos a los individuos o los grupos que en nuestras mismas sociedades aún defienden ciertas formas de fanatismo —nacionalista, político, religioso o cultural— nos pueden dar la medida de este importante progreso mental. Hace poco más de veinte años Europa vivía fanatizada por los fascismos de varias índoles y especies. Hace apenas nada de tiempo el mundo entero estaba fanatizado por la existencia de dos bloques políticos y militares que obligaban, que forzaban a cada ciudadano a adscribirse a uno de ellos al menos externamente, fueran cuales fuesen sus reservas mentales. Era curioso —y siniestro— observar cómo el terror que cada uno de ellos ejercía sobre el otro les desnaturalizaba mutuamente, les hacía aparecer más rígidos y más amenazadores y, por lo tanto, a aumentar en cada uno la amenaza latente sobre el otro. La presión de los países capitalistas sobre la URSS a partir del «cordón sanitario» y de los «cuerpos expedicionarios», hasta el telón de acero, producido por la coalición Churchill-Truman, produjo una distorsión del socialismo soviético que le condujo a la rigidez trágica del stalinismo; el cual, a su vez, con su capacidad de amenaza y de potencia, hipnotizó de tal forma a los países llamados occidentales que les hizo perder su propia esencia de libertad democrática, por cuyos lemas acababan de combatir en una guerra espantosa. Dicen muchos que de no haber sido porque la bomba nuclear hacía imposible la guerra atómica, este círculo vicioso sólo se hubiese resuelto por un enfrentamiento militar. Como la guerra no llegó nunca, cuando se alcanzó una tensión máxima hubo necesidad de volverse atrás y de reconsiderar las situaciones. En la sociedad comunista, esta deflación de la tensión bélica ha producido las separaciones doctrinales e intelectuales que se conocen. En la sociedad occidental produjo la aparición de los «neutralismos» y del «tercer mundo» y, finalmente, el principio de disolución de las alianzas políticas y militares en cuya labor parece que De Gaulle es el genio indiscutible. (De Gaulle, finalmente, no es más que un discípulo de Gandhi, de Nasser —primera época— o de Tito, pero tiene la genialidad francesa de convertir en realización espectacular las ideas de los demás). Para el grupo dirigente de la nación americana, la readaptación ha sido más difícil. Toda su construcción interior, su estructura económica, su esfuerzo técnico y científico se habían preparado para una guerra inevitable. El derivativo espacial no es suficiente para desahogar ese enorme organismo preparado para la lucha o, por lo menos, para vivir en tensión de lucha. Para «vivere pericolosamente», como decía Mussolini. Aquel «vivir peligrosamente» era una premisa esencial del fascismo para poder mantener la tensión interior. Ciertas minorías dirigentes de Estados Unidos necesitan quizá esta sensación de peligro continuo para poder seguir funcionando. Quizá ésta sea la base de las declaraciones del alucinado Harold Koch en la televisión de Moscú (13 de septiembre) en las que dice que en los Estados Unidos hay un «crecimiento continuo del fascismo» y que ha tenido que irse a la URSS «para poder hablar libremente» (Koch fue sacer-

dote en Chicago durante nueve años, después de haber estudiado en la Sorbona y en la Universidad de Columbia; abandonó las órdenes para dedicarse a la enseñanza). Más moderada, más sensata es la opinión del historiador Schlesinger («TRIUNFO» núm. 223) denunciando el peligro de aparición de un nuevo maccarthysmo (que es, en suma, un fascismo ejercido de una manera peculiar, porque cada país tiene una manera peculiar de ejercer su fascismo).

**E** L hecho es que la sociedad dirigente de los Estados Unidos no ha podido disolver su tensión interior de guerra y la ha dirigido hacia el sudeste asiático. Asistimos, pues, a un alejamiento geográfico de la polarización de los fanatismos político-militares y podemos contemplarlos con un distanciamiento que nos puede dar una versión más exacta que cuando nuestra propia zona vital estaba inmersa en ella. Es posible que sólo hayamos ganado en punto de vista, y no en seguridad. Si la temida guerra se produce, no habrá zonas de seguridad para nadie y el relativo confort mental que hemos conseguido en estos últimos años, desaparecerá al mismo tiempo que la tranquilidad material. Pero desde este punto de vista, más independiente que antes, podemos observar cómo se reproduce el fenómeno del fanatismo entre Estados Unidos y China. Vemos a los dos grandes países presas del pánico de la guerra, en esa extraña situación en que la guerra se desea desesperadamente como final de una situación de angustia insoportable y al mismo tiempo se repudia porque supone la posibilidad del autoaniquilamiento. China, en plena construcción de su sociedad, sin ninguna ayuda exterior, sin más defensa que la del hormiguero —el número de sus habitantes y su capacidad de sacrificio colectivo— no puede desear la guerra; pero ante una amenaza cada vez más próxima, cada vez más cierta, tiene necesidad de segregar una voluntad bélica que la está llevando, con su revolución supuestamente cultural, a unos extremos de paroxismo. Los Estados Unidos con su economía neurótica necesitan quizá vivir peligrosamente —en la versión americana, practicar la «política del borde del abismo», según la teoría y la práctica de Foster Dulles, que fue secretario de Estado durante la «guerra fría», y hasta su muerte natural—, pero traspasar esa frontera del peligro, lanzarse al abismo, está muy lejos de ser su conveniencia. Sin embargo, la hipnosis de guerra es tal que cada día se aproximan más. Después de haberse prometido a sí mismos no volver a comprometerse jamás en una guerra terrestre en Asia —tras la larga, costosa y frustrada guerra de Corea— tienen ya casi cuatrocientos mil hombres en el subcontinente de Indochina y comienzan a aceptar la idea de desembarcar hasta setecientos cincuenta mil, mientras ven frustrados todos sus esfuerzos de decidir la guerra, a su favor por medios mecánicos sin encontrarse comprometidos en un conflicto mundial. La preocupación gravísima de la circunstancia es que las clases dirigentes no pueden controlar las propias fuerzas: ni Johnson domina el «fatum» de la escalada, que se le va de las manos, ni Mao puede contener a su pesar los tumultos de la «guardia roja». Y, al mismo tiempo, observan un crecimiento de la oposición.



# RA EL FANATISMO

PANORAMA INTERNACIONAL

**P**ORQUE la realidad es que en esta época los fanatismos no prenden. El pueblo de los Estados Unidos está muy lejos de sumarse al mito, a la leyenda nacional del «happy warrior», del guerrero feliz. La nación, salvo minorías, se ve arrastrada a una guerra que no desea, que no quiere, que no comprende y que no necesita. El compromiso militar y político de los Estados Unidos es hoy más grave que en cualquier momento de la guerra fría. Sin embargo, no se consigue crear la fanatización de aquella época a pesar de los enormes recursos de propaganda del Gobierno. Si Schlesinger denuncia el peligro de una aparición del macartismo, o Koch habla de un crecimiento del fascismo, no pueden apoyarse hasta ahora más que en fenómenos locales. Las bases democráticas se defienden por sí mismas. «Me avergüenzo de ser americano», escribía recientemente el lector de una gran revista de Estados Unidos («News-week», 12 de septiembre); y podía firmar la carta con su nombre y su dirección. Este ciudadano se adhería —como otros, en el mismo número— a la existencia de un tribunal formado por Bertrand Russell, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre, Lázaro Cárdenas y otros que va a juzgar en Estocolmo a Johnson y MacNamara —«Monstruous MacNamara», como escribe el novelista Normal Mailer, autor de «Los desnudos y los muertos» y de «Un sueño americano»— como criminales de guerra. Perseguidas o amenazadas, instituciones y personas claman en todo el país contra la guerra del Vietnam, la condenan por injusta, por inmoral, por ilegal. Y no es lo importante que esto suceda con la oposición; lo grave es que aun los que apoyan la política de la Administración lo hacen resignadamente, cansadamente, como si no hubiese otro remedio.

**M**AS dramático es el espectáculo que ofrece el viejo Mao Tse-tung luchando contra el tiempo que se le va, tratando de inmovilizar para siempre en doctrina eterna un pensamiento que fue fecundo —China le debe a Mao su independencia, su personalidad, su «status» en el mundo de hoy— y que no parece servir para las nuevas circunstancias del mundo. Es un problema típico. Los creadores de ciertas fórmulas políticas que han tenido, por alguna razón, vigencia, tienden a considerarlos definitivos. El poder se coagula en un punto fijo de pensamiento. Monólogo. «Hitler tenía horror de cualquier rectificación o precisión, sobre todo si se hacía con pruebas. Le gustaba discurrir solo y llamaba a las discusiones juegos de intelectuales», escribe el que fue su compañero, y luego enemigo, Otto Strasser («Planète» núm. 30). Cuando el poder monólogo, separa de sí el «juego de intelectuales», a los intelectuales mismos: les condena el silencio, les encarcela. Es una prueba de que el poder es interiormente débil, de que lleva ya la muerte dentro. La realidad es que a los intelectuales auténticos no se les encarcela nunca: su fecundidad está fuera de cualquier cárcel. «A largo plazo —escribía Raymond Aron, enemigo del intelectualismo político, en su libro «El opio de los intelectuales»— los hombres políticos son los discípulos de los profesores y de los escritores. El doctrinario del liberalismo yerra cuando trata de explicar los progresos del socialismo por la difusión de las ideas falsas. A pesar de todo, las teorías

enseñadas en las Universidades se convierten, años más tarde, en evidencias aceptadas por los administradores y los ministros. Los inspectores de finanzas son keynesianos en 1955, cuando se negaban a serlo en 1935. Las ideologías de los hombres de letras, en un país como Francia, forman, también, la manera de pensar de los gobernantes». Tito, encarcelando a Mijailov, es menos fuerte que antes: se le ha visto el miedo. La revolución, llamada cultural, de Mao, dirigida esencialmente contra los intelectuales, se emparenta en la lejanía con los intentos neomaccarthistas de Estados Unidos contra los profesores, los estudiantes y los escritores de Estados Unidos, aunque sus procedimientos sean radicalmente distintos. Es una reacción de pánico. El Mao Tse-tung que lanza a la guardia roja contra la Universidad es mucho más débil que el que lanzaba la teoría «Que florezcan cien flores, que broten cien escuelas». Entonces su poder estaba seguro: ahora está vacilante. Pero Mao tiene también su oposición, su reacción. Lin Piao, en su discurso del 16 de septiembre, denuncia a sus enemigos: «Los miembros del partido que, estando en el poder, adoptan la vía capitalista». Está claro que esos enemigos no adoptan la vía capitalista, como los intelectuales de Estados Unidos, no adoptan la vía marxista por mucho que se trate de acusarles de ello. Está claro que unos y otros son los que no aceptan que el pánico de la guerra domine el poder y se anule la busca de soluciones que conduzcan a la justicia de la situación. Unos y otros, perseguidos, se unen de una forma inmaterial; se unen también en el tiempo a aquellos que fueron llamados también despectivamente intelectuales por primera vez, por Clemenceau, los que en «L'Aurore» del 14 de enero de 1898, protestaban contra «la violación de las formas jurídicas del proceso de 1894» (caso Dreyfuss) y que eran, entre otros, Emilio Zola, Anatole France, los dos Halevy, Marcel Proust, León Blum, Gabriel Monod... Se unen, en fin, a todos aquellos que han querido romper el monólogo de un poder efímero y sufren prisión por ello. Y por el hecho mismo de esa prisión, han roto ya el monólogo.

**E**L hombre nuevo de la era espacial y nuclear sabe que las cosas más asombrosas y más inesperadas proceden de las leyes naturales. Por eso se aparta de las ideologías en las que entra una parte de encantamiento, y no espera de sus guías que tengan aspecto de magos», escribe Maurice Schumann («Realités», número 248). El fanatismo vive sus últimos años. Podemos ser optimistas con Archibald MacLeish: «El desarrollo de los instrumentos de comunicación de masas han hecho posible, por primera vez en la historia de la humanidad, alcanzar gran número de personas directa y pacíficamente, viva y humanamente, con la expresión de las vidas, y formas, y costumbres, y artes de los pueblos de otras naciones. Nuestra tecnología, más sabia que nosotros mismos, nos ha dado los imprevistos e imprevisibles medios de una comprensión mundial, precisamente en el momento en que la comprensión mundial es el único medio posible de conservar la paz». Hay que temer, sin embargo, que este reino del entendimiento mutuo no se haya instalado todavía y que en sus últimos años el fanatismo y su ahijado, el pánico, nos pueda llevar a una contracción mundial muy grave.